

el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo... Nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado...”, para llegar a la conclusión bella, correcta y elocuente: “Nosotros somos un pequeño género humano”.

Es hora de corregir la generalización imprecisa: no Día de la Raza, sí Día de la Humanidad.

El concepto de raza es un concepto alusivo de parcialidad, contrario a magnitud integral que es justamente lo que nos motiva en la ocasión como epopeya del quehacer humano, uno y múltiple, total.

Por demás, claro y siempre sangrante en la sensible memoria de todos los pueblos, es el triste y vergonzoso capítulo —por desgracia aún vivo, repetido con terca insistencia— de las exclusiones, antagonismos, crímenes y odios, nutrido por el abominable racismo en todas sus versiones desde el capricho y la irracional y simple pretendida superioridad, arianismo, antisemitismo, segregación, hasta el sofisticado y brutal apartheid... Olvidándose la verdad capital: la unidad de la especie, verdad esencial certificada por la absoluta regla biológica de la interfecundación —cualquier hombre puede fecundar a cualquiera mujer—.

El mestizaje es para América Latina nuestra razón de ser, y para la comunidad humana en plenitud la razón posible de una fusión que no solamente deriva gracia y belleza físicas en las individualidades nacidas del cruce cabal, sino la amplitud espiritual de la paz, la convivencia y el desarrollo.

El logro ético de la triunfal osadía de Colón, coronada hace cinco centurias, es su legado más brillante y promisorio.

(En Suplemento “Educación para todos” de *El Universal*, Caracas, 11 de octubre de 1991, p. 4).

## “AYACUCHO”

Por MIGUEL A. MARTÍNEZ G.\*

En el campo de Ayacucho, rincón de muertos en lengua quechua, se protagoniza el 9 de diciembre de 1824, en lo más elevado de los Andes del Perú, a una altura de 3.400 metros, el último y decisivo episodio de la guerra de la Independencia de América del Sur. Sobre este mismo terreno, 600 años atrás, los ejércitos del Inca Viracocha, obtuvieron una sangrienta victoria contra los indios Poccras, la que consolidó el imperio de los Incas. Es la única porción plana, tal vez en un radio de 125 kilómetros, el escenario de la batalla más gloriosa del

\* Departamento de Investigaciones de la Academia Nacional de la Historia.

siglo XIX. Pareciera imposible que en una pequeña meseta colgada de las nubes evolucionaran más de 15.000 hombres de tropa, de los cuales el ejército unido patriota ascendía a 5.780 y el de los españoles a unos 9.310. Los dos contingentes se aprestan al combate, toman posiciones. Sucre acampa en el llano. La Serna en la falda de la serranía. Los rayos vivificantes de un sol hermoso, que tan dulcemente se hace sentir en las frías cimas de las altiplanicies peruanas, restituye el vigor y la energía a los miembros entorpecidos de los soldados. Ha sido tarea de titanes atravesar los escabrosos desfiladeros, y llevar a lomo de acémilas armas, víveres y municiones. Orgullosos se muestran los españoles de sus conocimientos castrenses. No eran menos fuertes los motivos de orgullo y entusiasmo de las tropas de Colombia que habían conducido la bandera tricolor desde las riberas del Atlántico y selvas del Orinoco hasta las márgenes del Apurímac.

J. A. Cova en su producción literaria "Sucre, ciudadano de América", considera que la Batalla de Ayacucho "...no es una épica acción de armas en cuanto a técnica y pericia militar. Es más: la creación de un gran artista, de un supremo artífice que ha vivido soñando con su obra maestra y finalmente la ve realizada con todos los contornos de la obra perfecta. En Ayacucho nada faltó para dar majestad y carácter a la suprema concepción de Sucre". En el decir del Libertador: "La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años, y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió el destino de Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos, y el imperio sagrado de la naturaleza. El General Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Cápac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada".

El desarrollo de la campaña que responde en sus más mínimos detalles a los objetivos de un consumado cultor del arte de la guerra, se divide en tres partes: 1ª El acantonamiento del Ejército desde principios de octubre hasta principios de noviembre en las provincias del Departamento del Cuzco, a orillas del Apurímac y enfrente del enemigo; 2ª La retirada de cien leguas en treinta días, desde el Apurímac hasta Huamanga; 3ª La batalla de Ayacucho el 9 de diciembre.

Sucre ordena su ejército en tres divisiones: la derecha compuesta de cuatro batallones, mandados por el General Córdoba; la izquierda de igual número, dirigida por el General Lamar; ocupando el centro toda la caballería al mando de Miller; formando la reserva la división "Lara", compuesta por los batallones "Rifles", "Vencedor" y "Vargas".

Los realistas en tres columnas paralelas. La vanguardia, guiada por Valdés, ocupando la derecha con cuatro batallones, dos escuadrones y una batería de seis piezas; la primera división al mando de Monet, colocada en el centro con cinco

batallones, y la segunda, bajo la dirección de Villalobos, a la izquierda con otros cinco batallones. La caballería, a la retaguardia, al mando del Brigadier Ferraz. Cinco piezas colocadas a la izquierda, para cubrir el flanco de la división "Villalobos". Los batallones de "Gerona" y de "Fernando VII" en la reserva, dirigidos por Canterac, conforme a una orden expresa del Virrey.

De parte de las huestes del Virrey, llevaba la voz tonante, antes de comenzar la batalla, el General José de Canterac, encargado de comunicar las órdenes que a cada uno correspondía ejecutar.

Sucre arenga a sus tropas poco antes de romper los fuegos. Hace partícipes de ella al batallón N° 2 que venciera con él en Pichincha; a la Legión Peruana, la que acendrará gloria en Torata y Moquegua; luego incluye a los otros cuerpos: a sus compatriotas llaneros, al heroico "Bogotá" y a los batallones "Caracas" y "Rifles". Y en seguida, en un punto céntrico, lleno de emoción, con un tono que parecía inspirado, lanza su proclama de combate, eternamente célebre en la historia militar de América: ¡Soldados! De los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur. Y con el brazo extendido hacia el Cunduncurqui exclama: Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia.

Según la opinión de un atildado escritor colombiano, no se conocen, dice, sino dos proclamas inmortales en los fastos militares del mundo; la de Nelson en Trafalgar y la de Sucre en Ayacucho.

En poco más de una hora se decide la Batalla de Ayacucho con la derrota del ejército español, que, perseguido, tuvo que rendirse a discreción. Canterac, conciliando el honor de los restos del ejército, propone y ajusta la capitulación. Sucre, por su parte, acoge con secreta y profunda complacencia la propuesta del General vencido, lo cual no amengua en nada el mérito de aquellos militares, escasos en ventura por la jornada de Ayacucho, pero llenos siempre, como hidalgos de heroica longanimidad. Y así ofrece Sucre a Bolívar y Colombia, el más noble, trascendental y civilizado triunfo.

El ejército español acusó las siguientes pérdidas: 1.800 muertos, 700 heridos, más de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, once piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles y cuantos pertrechos y artículos de toda clase poseía el ejército.

Quedaron prisioneros de guerra los generales La Serna, Canterac, Valdés, Carratalá, Monet, Villalobos, Ferraz, Bedoya, Somocurcio, Cacho, Atero, Landazuri, García Camba, Pardo, Vigil y Tur, con 16 coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales y más de dos mil individuos de tropa que se aumentaron sucesivamente.

En el ejército patriota tuvieron un destacado comportamiento: el General José María Córdoba, ascendido a General de División en el propio campo de batalla, cuando apenas tenía la edad de veinticinco años; la División Córdoba, a su mando y ocho escuadrones de caballería que le servían de apoyo.

Se distinguieron también: Generales Lamar, Gamarra y Miller, del Perú, y Jacinto Lara de Colombia; los Coroneles, Silva, Carvajal, Plaza, Suárez, Morán,

Luque León, Blanco y Leal, junto con los Comandantes Guas, Galindo, González, Benavides y otros muchos de inferior graduación.

Inmarcesible fue la gloria del General en Jefe Antonio José de Sucre, pero no fue menor el brillo de su humanidad, moderación y atenciones con los vencidos.

Estudiada la capitulación de Ayacucho desde un punto de vista filosófico, encontramos en ella la clave para inspirar mejores rumbos en la vida militar de las naciones, pues Sucre crea en Ayacucho un nuevo derecho natural de los pueblos, un nuevo derecho de guerra, una nueva civilización, con otras leyes para concluir y humanizar los sangrientos conflictos internacionales e intestinos. Señala allí mejores y más seguras vías para llegar al fin que se proponen las guerras y procedimientos humanitarios cónsonos con una política de confraternidad reparadora y atrayente.

La victoria de Ayacucho no es otra sino el triunfo de una civilización, más conforme con el espíritu de la justicia y más a propósito para fundar el imperio de la libertad. Se esparce en esta forma una nueva y generosa ley del derecho natural de las naciones escrita por Sucre en el campo de Ayacucho.

Diez y siete días después de la gloriosa batalla, Sucre recibe el título de Gran Mariscal otorgado por Bolívar. El mismo rango es confirmado y nacionalizado el 12 de febrero del año siguiente por el Congreso peruano. De uno de sus adversarios surgió la frase cuando aún no había cumplido 35 años: "Tan joven y con tanta gloria".

## RELACIONES DE VENEZUELA CON LA SANTA SEDE (1830-1835)

*Por* JUAN BAUTISTA QUERALES D.

El General Páez en su período constitucional demuestra excelente tacto en el campo de las relaciones diplomáticas y encaminó sus gestiones a mantener un clima de armonía con todos los países. Separada Venezuela de la Gran Colombia en 1830, queda excluida directamente de las relaciones con la Santa Sede, no así la Nueva Granada, que supo estrechar sus lazos diplomáticos con el Estado Vaticano a través de su Ministro don Ignacio Sánchez de Tejada, quien logra concertar favorables arreglos hasta alcanzar el reconocimiento oficial de la independencia de Colombia el 14 de octubre de 1836. "Como consecuencia de este reconocimiento Roma designó un internuncio Apostólico, que lo fue Monseñor Cayetano Baluffi, Obispo de Bagnorea. Llegó a Bogotá el 18 de marzo de 1837, y presentó credenciales al Presidente de la República el 22. Baluffi, además de internuncio en Bogotá, ostentaba el cargo de Delegado Apostólico para Vene-